

Juan José Hernández

GABRIELA Y "LA OTRA"

Una opinión hartamente repetida considera el instinto maternal por encima de cualquier virtud o cualidad femenina. Suele verse en ello el trasfondo de creencias mágicas y religiosas que la humanidad creó en torno de la mujer como símbolo de la fecundidad sagrada del universo. Hasta probaría el origen remoto de tales creencias el hecho de haberse encontrado estatuitas de mujeres encinta talladas en el metatarso de un mamut.

La ciencia de las religiones enseña que este símbolo, en razón de su ambivalencia, no siempre tiene un carácter positivo, y que en las culturas históricas suele perder su condición sagrada, extinguirse poco a poco, o sobrevivir degradado en el contexto de otros valores triunfantes. Ya en el dualismo moral de los pitagóricos, la mujer, como principio de fecundidad, aparece aliada con el mal, junto a las tinieblas, la pluralidad y lo ilimitado, mientras que la luz, lo masculino, la unidad y el límite definen el bien. En el Antiguo Testamento su prestigio no es menos sombrío; por su culpa, nos dice la Escritura, perdimos el Paraíso, la inocencia, la inmortalidad.

Personalmente, no creo que un trasfondo mágico o religioso determine la sobrestimación del instinto maternal en una época como la nuestra, signada por la desaparición de los valores sagrados. Nadie admitiría, por ejemplo, que así ocurra en los regímenes totalitarios de derecha o de izquierda, que exaltan la fecundidad de la mujer con fines demográficos.

¿Hasta qué punto fuerzas irracionales y otras demasiado racionales influyen en la crítica literaria cuando juzga la obra de una escritora?

Se ha dicho que la poesía de Gabriela Mistral ha nacido de un ansia insatisfecha de maternidad. La frase no explica nada, pero lleva implícita una pregunta veladamente peyorativa: ¿hubiera escrito Gabriela Mistral versos admirables en el caso de haber colmado ese supuesto anhelo?

Hay cierta mala fe en insistir en la frustración maternal de la poetisa; tal suposición, además de simplista, deja de lado otro problema: el de los límites que la cultura y las costumbres imponen a la expresión del erotismo femenino desprovisto de funcionalidad, es decir, considerado simplemente como Eros. En todo caso, sería más honesto suponer que algunas de las poesías de Gabriela Mistral nacieron de un ansia insatisfecha de amor humano, aunque esta frase tampoco explique la originalidad de su genio poético.

Lo que importa, para la crítica literaria, es saber cómo Gabriela Mistral convirtió en poesía las frustraciones imaginarias o reales que tantas mujeres sobrellevan sin escribir un solo verso. En este terreno —el de la literatura— podemos inferir que su ansia de maternidad no fue ajena a la fascinación que sobre la poetisa ejercieron las heroínas míticas del Antiguo Testamento. Y sabemos que en los mitos hebreos la



esterilidad femenina no se reduce a la mera insatisfacción del instinto maternal: tiene el misterio y la hondura de una culpa ontológica. Por el don de la fecundidad las mujeres de Israel forman parte de un plan divino que no repara en los límites naturales de la especie: Sara, Raquel, Rebeca, engendraron casi centenarias. El erotismo y la seducción femenina cuentan poco, salvo en algunas heroínas patrióticas, como Judith, que no vacila en utilizarlos para cortar la cabeza de un general del ejército asirio.

Gabriela Mistral no admira a Judith; tampoco a Esther. Se conmueve, en cambio, con "la vasta y santa sinfonía / de viejas madres, / la Macabea, / Ana, Isabel, Raquel y Lía", o con la historia de Ruth, enamorada del anciano patriarca Booz. En otro poema escribe: "Yo nací de una carne tajada / en el seco riñón de Israel".

Poco importa la verdad de la ascendencia judía de Gabriela Mistral, que ella misma reivindicó en reportajes y conversaciones con amigos. Su judaísmo, como el aticismo de Hölderlin, fue antes que nada una actitud literaria, aunque suponga al mismo tiempo una elección moral. De allí el riesgo que entraña esa actitud, si pensamos en la locura de Hölderlin, o en la soledad de Gabriel Mistral.

A estas reflexiones me llevó la lectura de las *Cartas de amor*

de Gabriela Mistral.¹ Adelantemos que las cartas, además de valor literario, tienen el mérito de modificar la leyenda que aprisiona a la poetisa, especialmente en lo que atañe a su vida sentimental: el famoso suicida de los "Sonetos de la Muerte" no fue su único amor; hubo otros no menos apasionados.

Todos conocemos esa leyenda difundida con intención didáctica en manuales de literatura y textos escolares. Con algunas variantes, admite ser contada así: Gabriela Mistral fue una especie de vestal de la docencia que amó a los niños humildes de su patria como si fueran sus propios hijos; ella jamás los tuvo, pero esa frustración, generosamente encaminada, la convirtió en una educadora ejemplar y en una importante poetisa ganadora de la mayor distinción a la que



un escritor puede aspirar: el Premio Nobel de Literatura. Maestra rural en una modesta escuelita de La Cantera, en el norte de Chile, cuando tenía dieciséis años se enamoró, por primera y única vez, de Romelio Ureta, un empleado de ferrocarril de Coquimbo cuyo suicidio le inspiró los "Sonetos de la Muerte". En un principio se dijo que el infortunado se había quitado la vida por ella, pero posteriores investigaciones y las propias declaraciones de la poetisa desmintieron ese infundio: el robo de una suma de dinero que Ureta no pudo reintegrar a tiempo fue el motivo del suicidio. Los acentos ferozmente apasionados de los "Sonetos" y otros poemas de *Desolación*, eran frutos de la imaginación exaltada de Gabriela Mistral, un ímpetu sublime, sin asidero en la realidad, pues la relación entre ellos no pasó de un candoroso noviazgo. Agotada la fuente de la pasión amorosa con aquel triste episodio ocurrido en 1909, su obra se encauzó hacia horizontes más nobles: la educación, el feminismo, la causa indigenista. "Gabriela — escribe Fernando Alegría —² fue una misión educativa andante; a su paso crecían escuelas y se alzaban de la nada blancas figuras de niñas agitando

¹ *Cartas de amor* de Gabriela Mistral, Editorial Andrés Bello, Chile 1978. Recopilación, estudio y notas de Sergio Fernández Larraín.

² *Genio y figura de Gabriela Mistral*. Ed. Universitaria de Buenos Aires, 1966.

palomas multicolores". El personaje de la leyenda alcanza su cabal dimensión en la siguiente frase de Pablo Neruda: "Esta madre sin hijos, parecería serlo de todos los chilenos". Por lo demás, en un poema de *Lagar* titulado "La Otra", Gabriela Mistral se encargó de sepultar (y no es exagerada la expresión) el recuerdo de la ardiente poetisa de sus años juveniles. Vale la pena citar algunos versos del poema: "Una en mí maté: / yo no la amaba. Era la flor llameando / del cactus de montaña; / era aridez y fuego; / nunca se refrescaba. Doblarse no sabía / la planta de montaña, / y al costado de ella / yo me doblaba. La dejé que muriese / robándole mi entraña. Se acabó como el águila / que no es alimentada. Por ella todavía / me gimen sus hermanas, / y las gredas de fuego / al pasar me desgarran. Cruzando yo les digo / —Buscad por las quebradas / y hacen con las arcillas / otra águila abrasada. Si no podéis, entonces / ¡ay!, olvidadla. / Yo la maté. ¡ Vosotras / también matadla!".

Pues bien, "la otra" que Gabriela Mistral creyó matar es quien reaparece en las *Cartas de amor* a que aludí anteriormente. Fueron escritas por una muchacha alta y fuerte, de hermosos ojos verdes y boca triste que se llamaba —el lector ya lo habrá adivinado— Lucila Godoy.

Suele ocurrir con la correspondencia de un escritor que no agregue nada a lo que de sí mismo ha puesto en sus libros; su publicación parecería destinada a cierto tipo de lector ingenuo que imagina conocerlo mejor a través de detalles, casi siempre anodinos, de su vida privada. No es el caso de las cartas de Gabriela Mistral. Admirablemente escritas, su temperamento apasionado se expresa en ellas con mayor soltura que en los versos de *Desolación* o al menos sin los severos acentos bíblicos con los que forjó un estilo poético original y convincente. Porque más que revelar una faceta ignorada de Gabriela Mistral, o de su infortunio personal, estas cartas iluminan el conflicto de una artista lúcida, empeñada en dar coherencia a su obra (y necesariamente a su vida), acallando los reclamos de "la otra". Reclamos sensuales, ansia de amor humano.

Las cartas, lo repito, tienen a la vez un interés literario y autobiográfico. Por el primero, Gabriela Mistral o, si se prefiere, Lucila Godoy demuestra ser una escritora consumada, capaz de transmitir sus sentimientos amorosos con una vehemencia que en cierto modo hace pensar en Safo, Anna de Noailles o Delmira Agustini. En su aspecto autobiográfico, permiten vislumbrar la chatura y sordidez del ambiente provinciano que rodeó a la poetisa en su juventud; la incompreensión o la envidia de sus compañeras de tareas; el pertinaz, obligatorio asedio masculino que debió soportar en su condición de mujer sola, obligada a ganarse la vida como maestra rural en un pueblito de la Cordillera. En tal sentido, la poetisa compartió la suerte de las demás mujeres de su medio social y de su época, con el agravante de su orgullosa inteligencia.

Antes de comentar las cartas, digamos que no pueden leerse con objetividad; requieren la participación activa del lector que debe suplir con su imaginación el contenido de las que fueron enviadas en respuesta a la poetisa. Casi lamentamos que ese feliz escollo sea en parte allanado por Sergio Fernández Larraín, recopilador de las cartas y autor del estudio que les sirve de introducción. Gracias a un laborioso acopio de datos biográficos, en los que se conjugan el pudor y el snobismo, Fernández Larraín nos devuelve (favorablemente retocados) aquellos fantasmales caballeros que amó la poetisa. Así, por ejemplo, nos enteramos de que Romelio Ureta, el suicida de los "Sonetos de la Muerte", fue algo más que un empleado ferroviario; intervino en la fundación de

la Compañía de Bomberos de Coquimbo y por su abuelo paterno estaba emparentado con el primer presidente de Chile.

Las cartas a Alfredo Videla Pineda, cuando la poetisa tenía solo quince años y él cuarenta, apenas merecen comentarse. Fernández Larraín se siente en la obligación de advertirnos que Videla Pineda era un hombre de gustos refinados, amante de las cosas bellas y, por añadidura, rico hacendado y descendiente de conquistadores, para luego agregar: "No cabe duda de que Alfredo intentó seducirla, pero se estrelló con la fortaleza moral de la joven maestra rural". No es difícil imaginar los argumentos del fallido seductor en la respuesta de la prudente Lucila, que se niega a mantener con él una entrevista reservada: "...Si se empeña en asegurar, apoyado en falsas teorías, que es la falta de cariño lo que me hace obrar así, u otra cosa análogo, tendré que resignarme a su abandono, pero, vuelvo a repetirle: el amor no pide sacrificios se sacrifica a sí mismo. Ese es amor, lo demás es mentira".

En cambio, las cartas a Manuel Magallanes Moure interesan más allá de la anécdota personal: son cartas literarias, dirigidas a un poeta de renombre de aquella época. Gabriela Mistral sabe que el poeta alimenta los mismos previsibles designios del hacendado, pero sabe también que la belleza de sus cartas hallará eco en él, y la prodiga a lo largo de una correspondencia de casi diez años. No está demás recordar que Manuel Magallanes Moure era un hombre casado, y que en 1914 integró el jurado de los Juegos Florales que premió los "Sonetos de la Muerte".

En las cartas a Magallanes Moure, el poeta de la barba nazarena, como lo llama Fernández Larraín, asistimos a una suerte de contrapunto entre Lucila, que proclama su amor con palabras encendidas, y Gabriela, que "aborrece el exceso por dañino y ridículo". Hagamos notar que en las cartas se alternan el directo "tú" de Lucila con el reticente "usted" de Gabriela.

Oigamos primero a Lucila: "Por ahorrarte una lágrima andaría un camino de rodillas. De rodillas: esa es mi actitud de humildad para ti, y de amor. Y yo nunca he sido humilde, aunque la gente crea eso de mí, por mi cara de monja pacífica. Mira, he tomado mi café (tiritaba de frío) y he cerrado los ojos para verte, y he exaltado mi amor hasta la embriaguez y hubiera querido prolongar el gozo muchas horas. Te adoro, Manuel. Todo mi vivir se concentra en este pensamiento y en este deseo: el beso que puedo darte y recibir de ti".

Ahora es Gabriela: "Yo se que la perfección no puede darse sin la serenidad. Y la busco, y la hallaré algún día. ¿Se acuerda de mi oración de ayer? Yo pedía querer plácidamente, no pedir nada, no poner carne sentidora al colmillo de los celos".

Lucila: "¿Qué dices de amor los tuyos! Tienen que dejar así, agotada, agonizante. Tu dulzura es temible: dobla, arrolla, torna el alma un harapo. Manuel, qué tirano tan dulce eres tú. Manuel, cómo te pertenezco de toda pertenencia, cómo me dominas de toda dominación. ¿Qué más quieres que te dé, Manuel? ¿Qué más? Si no he reservado nada ¿qué me pides?"

Gabriela: "Quiero que no discutamos la manera de querernos. Si el amor es lo que usted asegura, todo saldrá según su deseo. Si estoy en un error separando la carne del alma, toda mi quimera luminosa será aplastada por la vida." (Ante esas dudas, Delmira Agustini, tan admirada por Gabriela Mistral, habría admitido sabiamente: "a veces, toda soy ama; / a veces, toda soy cuerpo".)

Podrían multiplicarse los ejemplos. Sin embargo, hay momentos en que Lucila y Gabriela coinciden; ambas se sienten feas, indignas de ser amadas: "¿Tú serás capaz (intérrigate a ti mismo) de querer a una mujer fea? Manuel, no quiero ir a Santiago, no quiero obligarte a ser falso besándome con repugnancia, no quiero padecer eso que no he padecido: estar muriéndome de amor frente a un hombre que no puedo acariciar". Y en otra carta: "Es cierto, Manuel, tengo algún orgullo y no acepto la lástima. Que se me deje sola con mi pena; soy capaz de cualquier dolor, pero me ofende la lástima porque es un desconocimiento de la fuerza de mi alma."

Dysomía: creo que así llamaban los griegos a la pérdida de todo atractivo erótico femenino y lo atribuían a un castigo de Afrodita. Pero en los versos de Gabriela Mistral no hay altares para la diosa chipriota y sus preciosos dones: su espíritu permanece, y permanecerá fiel a las heroínas del Antiguo Testamento.

Las voces de Lucila y Gabriela también se confunden en esta conmovedora declaración: "¡Me han hecho tanto mal en la vida! Agregue a esto la convicción sencillamente horrible que tengo sobre mí: nadie me quiso nunca y me iré de la vida sin que nadie me quiera ni un solo día".

Sabemos que después de su ruptura con Magallanes Moure, Gabriela Mistral se alejó mucho tiempo de su patria; viajó a México, Estados Unidos y Europa; fue cónsul vitalicio de su país, sobrevino la fama, el bienestar económico, el Premio Nobel y un episodio atroz: el suicidio de un sobrino que criaba como a un hijo adoptivo. Sabemos que su inquietud religiosa se inclinó hacia el budismo, y que ya en los años de su correspondencia con Magallanes Moure admiraba al fraternal Tagore y al lánguido, por no decir anémico, Amado Nervo. En otro orden de cosas, suponemos que el atormentado reclamo de amor que atestiguan sus cartas encontró sosiego en la cálida amistad de algunas mujeres que fueron sus secretarias y la acompañaron hasta el final de sus días: Laura Rodig, Palma Guillén, Doris Dana. Al respecto, escribe Fernando Alegria: "Gabriela Mistral empezó a depender de sus secretarias cuando no hubo dudas de que viviría una existencia aislada y sin familia, y que le hacía falta apoyo doméstico, solicitud filial, un ser humano a sus pies, fortaleciéndola, consolándola, apagando sus fuegos pasionales".

La soledad de Gabriela Mistral es coherente con su literatura y con su vida. "La vasta y santa sinfonía de viejas madres" de los mitos hebreos no podía sino abandonarla y, al mismo tiempo, excluirla de la humana felicidad. Es que en el Antiguo Testamento la fecundidad tiene un signo despótico: castiga el erotismo gratuito y repudia a la estéril. Este signo, que persiste en nuestra cultura, se manifestaba solidario con la ley mosaica que imponía la mutilación ritual de los varones y condenaba a morir apedreada a la mujer adúltera.

Fiel a su arte, Gabriela Mistral eliminó a "la otra"; acumuló sobre ella sequedades, silicios, espinas, sayales, escarchas, salmueras, y terminó sustituyendo su imagen por la de una mujer solitaria, hechizada por el desierto y el luto. En sus versos aún la vemos ambular por un imaginario caserío de piedra en el monte Sión, tanto o más real que el pueblo del valle de Elqui donde pasó su infancia.

Las cartas no dejan cierta tristeza y a la vez nos llevan a preguntarnos: ¿sin el sacrificio de Lucila, los versos de Gabriela Mistral habrían ganado en variedad, en espontaneidad? "Una en mí maté; / yo no la amaba". El hecho es irreversible: la poetisa es Gabriela Mistral, no Lucila Godoy.